

**La fuga literaria en *Mi vida*:
producto de ser una mujer escritora**

La literatura mística aparece en Latinoamérica alrededor de los siglos XVI y XVIII gracias a la influencia religiosa española, lo que dio lugar a la popularización de textos que expresaban la conexión del alma humana con la figura de Dios, un encuentro que se daba mediante experiencias por fuera de lo lógico y racional, por lo que la poesía o el lenguaje poético se convirtió en uno de los espacios más comunes para plasmar dichas experiencias. Francisca Josefa del Castillo (1671-1742) es considerada como una de las principales exponentes de esta literatura en Colombia, una escritora y monja tunjana que dedicó su vida creativa a inmortalizar sus vivencias religiosas en la prosa y el verso de obras como *Mi vida* y *Afectos Espirituales*. No obstante, es posible concebir a la madre del Castillo no como una mística, sino como una escritora consciente de su necesidad de escapar de la propia vida.

Para esto se debe introducir el concepto de la fuga literaria, un fenómeno que obedece a la función catártica de la literatura, puesto que establece que la escritura crea un espacio de liberación o expresión que el cuerpo físico no alcanza. Concretamente el lenguaje tiene la capacidad de revelar las verdades de la experiencia humana que no aparecen en la realidad que conocemos, o por otro lado, permite el escape de esa misma realidad. En el caso de Francisca Josefa del Castillo, uno de sus motivos de huida era el hecho de ser una mujer escritora en la época de la Nueva Granada, quien además estaba condicionada por su devoción a Dios. Debido a esto, en el siguiente ensayo se hará un análisis de la obra *Mi vida* y sus principales elementos místicos, los cuales hacen parte de la fuga de la autora, como también se busca exponer la relación entre la posición de una escritora religiosa en la época y la necesidad de la fuga literaria ante dicho contexto.

En un principio, la aproximación a la obra de la madre del Castillo se hace desde la perspectiva de conocer la vida de las monjas en los siglos XVII-XVIII, pues su autobiografía relata a detalle la cotidianidad de estas mujeres, pero más que un simple registro histórico, el texto se concibe como una gran obra de arte debido a su carga poética y las habilidades narrativas de la autora. Cabe destacar que la escritura de un diario nace como una solicitud de uno de sus confesores, pero la autora se encarga de construir toda una estructura narrativa desde sus siete años hasta su grave enfermedad en la vejez, por lo que *Mi vida* no se puede percibir como un simple diario sino como un relato inspirado en la vida de Francisca Josefa del Castillo.

Incluso cuando la autobiografía de personajes religiosos se entiende como un texto privado, la iniciativa de darle un orden y estructura literaria a su propia vida nos permite ver la consciencia de escritura de la autora, donde también se ven las marcas textuales dentro de la obra que muestran como principales recursos a la memoria y el misticismo para expresar las agonías que le ocasionó la vida religiosa y sus propias pasiones. En esencia, el texto está marcado por una narración dolorosa, donde la autora se ve atormentada desde joven por un padecimiento físico y espiritual acompañado de visiones, lo interesante es que en el segundo capítulo se hace referencia a que el castigo de Dios se da gracias a su interés por los libros de comedias y la literatura en general:

“Yo pues, llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento, pasaba en él muchos ratos y bebía aquel veneno, con el engaño de pensar que no era pecado; y así debe de ser en naturales que no son como el mío, que no sacarán de todo males y culpas. Yo bebí mi mal, aunque no lo conocí tan breve; mas andando así, me castigó Nuestro Señor con una enfermedad o pena tal, que ahora me espanta, porque eran unas congojas y penas tales, que despedazaban mi alma, y me traían en un horror y sombra de muerte; unas aprensiones tan vivas de cosas temerosas y horribles”. (del Castillo, pp. 23).

La cita anterior nos permite pensar en una ambivalente relación de la autora con la literatura, puesto que por un lado el gusto por esta se establece como uno de los “pecados” desencadenantes del sufrimiento vital, pero a su vez la creación literaria es aquella que le permite canalizar dichas experiencias tormentosas e incluso liberar las pasiones de las que se siente culpable. En este orden de ideas, es posible concebir la sencilla existencia del texto como un testigo de la posibilidad de escape a través de este, además, por parte de la autora hay una expresión directa de su necesidad física de escribir para comunicar de alguna manera el sufrimiento, como se puede apreciar en la siguiente cita:

“Con esto tomé más horror a aquellas cosas, aunque yo se lo tenía grande, y tanto, que para escribirle a Vuestra Paternidad —que ya había vuelto a Santa Fe— el desconsuelo en que me hallaba; me acuerdo que me puse a llorar sobre el tintero, para mojarlo con las lágrimas que lloraba, porque estaba seco, y temía yo tanto el abrir la celda, ni pedir nada, para no dar lugar a que entraran, que más quise mojarlo con mis lágrimas y escribir con ellas” (del Castillo, pp. 99).

Ahora bien, es importante señalar que aunque la autora ha sido encasillada dentro de la figura de mística, teniendo en cuenta que sus textos buscan seguir una línea narrativa, se puede hablar de que en realidad Francisca Josefa del Castillo utiliza el discurso místico como recurso literario y de purificación de las emociones. Esto se logra ver gracias a la carga simbólica que tiene su autobiografía y al patrón de símbolos que se mantiene al describir ciertas experiencias, por ejemplo la presencia del enemigo o pecado se hace a través de animales o incluso el incumplimiento del aislamiento.

Sin embargo, el símbolo místico principal por el que opta la madre del Castillo es el cuerpo espiritual, aquel espacio receptor de toda experiencia que está por fuera de la lógica racional y es capaz de percibir lo que el cuerpo físico no resiste. Como vemos en el texto, las visiones de la autora se dan en los sueños o estados de poca consciencia donde se encuentra con figuras demoníacas o situaciones que le producen un dolor indescriptible al cuerpo. Por otra parte, del Castillo se encarga de castigar el cuerpo físico con el fin de purificar el alma y reprender las pasiones que pueda mostrar en sus mismas visiones, por lo que se puede afirmar que tanto el cuerpo físico como espiritual funcionan como elementos metafóricos e intermediarios para dar a conocer el padecimiento de la autora y su deseo por exteriorizar esa sensación mística que sólo el lenguaje puede traducir. Esta concepción central del cuerpo ha sido explorada por otras investigadoras, quienes expresan que:

“El cuerpo es el escenario principal de la narración, a partir de una exagerada conciencia de éste y un enfrentamiento constante con su propia materialidad, la escritora construye una narración en la que la vida es una tragedia y el cuerpo es el que habita esa tragedia, circunstancia que no sólo se manifiesta en la imposibilidad de adaptar su entorno, más específicamente, la vida social y conventual, sino que su cuerpo representa el obstáculo principal para alcanzar la santidad” (Bonilla & Osorio, 2013, pp. 27)

Otra manera de concebir el cuerpo en la escritura de del Castillo es como lugar de encierro, para esto se debe tomar en cuenta el contexto social de la mujer en la época e incluso desde la Edad Media, ya que “después del siglo XI en adelante, el cuerpo de la mujer fue considerado una prisión, o en su máxima dimensión de encierro, análogo a lo que sería una fábrica para los hombres.” (Mancini, 2018). En el contexto de la escritora neogranadina el carácter de encierro se acentúa, puesto que la posición de monja la obligaba a cumplir con normas de castidad, aislamiento, sumisión y silencio bajo el discurso del perdón de los pecados. Al igual que muchas monjas, la experiencia de la madre del Castillo se dio en un Convento cuya administración descuidada y dominación sobre las mujeres ocasionó problemas de depresión y de salud¹, como también la necesidad de encontrar un medio para librarse del tormentoso día a día.

Como se mencionó anteriormente, la escritura toma este papel liberador e incluso de salvación para Francisca Josefa del Castillo, le da acceso a plasmar las tensiones, deseos y miedos que a su cuerpo se le ha prohibido expresar debido a su sexo. Dentro de los ejemplos constantes en la lectura de *Mi vida* están el deseo sexual y el amor nupcial, que se ven representados junto a la figura de Dios, como se puede ver cuando dice: “Cuando leía que las vírgenes seguían al Divino Cordero y Esposo Jesús, estaba firme en mi corazón, que primero me dejaría martirizar, y pasaría por el fuego y cuchillo, que venir en otra cosa, que

¹ Ángela I. Robledo señala que dentro del Claustro de Santa Clara de Tunja la mala gestión “hizo que la penuria de las órdenes religiosas femeninas fuera constante durante los siglos XVI y XVII”, cosa que no ocurría en los conventos masculinos.

ser toda suya.” (del Castillo, pp. 43). Esta tendencia era común en las monjas debido a su compromiso de castidad pero también es una relación común en la literatura mística, donde se humaniza la unión con la divinidad “porque Dios como creador es el elemento masculino, y el alma, como la criatura receptora, el femenino.” (Hatzfeld, 1955).²

En respuesta a este contexto limitante para la mujer religiosa, se da la fuga literaria y, como se ha visto a lo largo del presente texto, del Castillo se apodera del discurso místico no sólo para poner en palabras la agonía de vivir encerrada en el arquetipo de mujer, sino también para construir un espacio de creatividad literaria que fuera aceptada por los confesores.³ Es decir, un mecanismo para desarrollarse como mujer escritora en la sociedad de los siglos XVII-XVIII, usando la identidad de mística y el lenguaje poético en diferentes niveles y con diversos motivos. Es por esto que a modo de conclusión, me permito afirmar que el acto de escritura puede ser visto como multifacético en el caso de la madre del Castillo, ya que obedece a una función tanto individual como social, pues le permite a la mujer monja tener una salvación más allá de la religión y al mismo tiempo darle el espacio artístico que la sociedad le ha negado. En *Mi vida* nos encontramos con un testimonio de vida que en medio del misticismo y la necesidad de pasar la censura masculina, está la voz de una de muchas mujeres escritoras que logró encontrar un camino para su expresión y romper el pacto de silencio que se le había impuesto.

Bibliografía

- *Mi vida*, Francisca Josefa del Castillo [recurso electrónico]. Bogotá: Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.
- Mancini, A. 2018. *Cuerpo e imaginación: variaciones de fuga en algunos personajes femeninos en la literatura: Mujeres en fuga*. pp. 245-256.
- Robledo, Á., 1989. *Género y discurso místico autobiográfico en las obras de Francisca Josefa del Castillo y Francisco Castillo*. Veracruz: Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias. Universidad Veracruzana, pp. 103-121.
- Bonilla, D. & Osorio, M., 2013. *La escritura mística y el desplazamiento del símbolo*. Trabajo de Maestría. Pontificia Universidad Javeriana.

² Cita dentro del texto: Hernández Villalba, A. 2014. *Misticismo y poesía. Elementos retóricos que conforman la estética mística*. Revista De El Colegio De San Luis, (2), 10-34.

³ Una idea complementaria esto sería que “la imaginación junto a la sensibilidad y agudeza perceptiva femenina suplen el encierro del cuerpo y estos fueron los atributos que les permitieron entramar a las llamadas brujas –mujeres del medioevo– relatos fantásticos; muchas veces logradas profecías que además se cumplían deparándoles la hoguera.” (Mancini, 2018)